

sin que una ley lo mandara, la esclavitud de los inmigrantes alemanes.

Además de la Pensilvania y de Nueva York, adonde acudió el grueso de la inmigración alemana, no escaseaba esta en el siglo pasado en otras colonias, como la de New-Jersey, donde se conocía ya en 1707 un Valle Aleman por haberse establecido allí, según dicen, una colonia de protestantes reformados de esta nacionalidad; y desde 1730 hasta 1740 inmigraron muchos más, que se establecieron en otros distritos de la misma colonia; pero de su existencia solo nos han conservado noticias las cartas y notas de sus curas predicadores.

En la colonia del Maine un comerciante alemán de Boston, llamado Waldo, fundó en 1740 una colonia alemana, que llamó Waldoburg y que tuvo que pasar grandes penalidades; cinco años después pudo reclutarse en ella una compañía alemana, que mandada por su pastor Ulmer tomó parte en la campaña contra Louisburg. En 1746 los indios destruyeron la colonia, que fué después reedificada juntamente con una pequeña iglesia. Otra colonia, llamada Francfort, fundaron los emigrantes alemanes a orillas del río Kennebec; pero tanto en esta como en la anterior solo recuerda algo su origen el tipo alemán de los habitantes. La colonia de Massachusetts tuvo también su inmigración alemana.

Más numerosa que en el Norte, en la llamada Nueva Inglaterra, fué la inmigración alemana en Maryland. En 1758, treinta años después de la fundación de la ciudad de Baltimore, existía allí una iglesia alemana protestante, a la cual se agregó otra 16 años después. Al estallar la guerra de la independencia los alemanes del Maryland formaron un regimiento de infantería y una compañía de artillería mandada por alemanes también. Sobre estos alemanes del Maryland, cuyo centro principal era el distrito de Frederick, escribe el historiador local de Baltimore, F. Scharff: «La gran mayoría de los habitantes del distrito de Frederick había nacido en Alemania ó de padres alemanes. Estos colonos ignoraban el lujo y las comodidades, cultivaban sus reducidas tierras y se contentaban con poco. Hablaban la lengua de sus mayores, y guardaban sus antiguas Biblias alemanas, con sus cubiertas de pergamino, como reliquias sagradas.»

Proclamada la constitución de los Estados Unidos, el puerto de Baltimore llegó a ser uno de los principales de importación en la república, y del número de alemanes establecidos allí dará una idea el hecho de que tres de los siete concejales del ayuntamiento de la ciudad eran alemanes.

Virginia también contó en 1734 varias colonias alemanas y el pastor luterano Stover pasó en 1735 a Alemania para recoger allí fondos para una nueva iglesia, habitación para el párroco y librería. El gobernador Spotswood fundó con un grupo de alemanes enviado por la reina Ana otra colonia llamada Germanna, más arriba de las cascadas del río Rappahannock; y aun más allá, según se lee en una descripción de Virginia publicada en Londres en el año 1724, se había establecido otra colonia de alemanes del Palatinado, a los cuales se habían concedido grandes extensiones de terrenos férciles, donde plantaron viñas con sarmientos españoles, franceses y alemanes que les facilitó el gobierno.

Un empresario suizo llamado Graffenried había comprado grandes terrenos en la Carolina del Norte, que colonizó con 650 alemanes del Palatinado. Estos fundaron en 1710 una ciudad llamada Nueva Berna, en la confluencia de los ríos Neuse y Trent. Al año siguiente cayó el especulador suizo en manos de los indios, que empezaron por dar muerte con atroces tormentos a los que le acompañaban. Graffenried se libró de la suerte de sus acompañantes diciendo a los salvajes que era el rey de los palatinos, y como tal hizo un

convenio con aquellas fieras, convenio que preservó más adelante a su colonia de gran parte de los horrores de la guerra con los indios; pero en cambio engañó a los colonos, a los cuales no dió los títulos de propiedad de los terrenos que habían cultivado, y salió del compromiso hipotecando todo el territorio a favor de un inglés. Desde el año 1751 los hermanos moravos crearon allí varias misiones, que existen todavía hoy. Una sociedad alemana, fundada en 1764 en Helmstadt, en el ducado de Brunswick en Alemania, para la extinción de la irreligiosidad y de las doctrinas erróneas, introducida entre los alemanes de las Carolinas, envió libros de escuela y otros, con lo cual contribuyó mucho a la conservación de la nacionalidad alemana en aquellas colonias y ojalá hubiesen seguido este ejemplo con tesón en las demás.

Muchos emigrantes alemanes y suizos se dirigieron a la Carolina del Sur, donde fundaron en 1732 la ciudad de Purrysburg a orillas del río Savannah. Dos años después, hasta 1741, inmigraron unos 1,200 tirolese protestantes, arrojados de Salzburgo, en la Georgia y la Carolina del Sur. Orangeburg, a orillas del río Edisto, era otra colonia de suizos alemanes, y en el reinado de Jorge II se colonizó con alemanes el distrito de Sajonia-Gotha. En 1763 entraron en el puerto de Charleston dos buques con alemanes. En 16 iglesias de la Carolina del Sur se predicaba en alemán hasta el tiempo de la guerra de la independencia, y al principiar esta guerra se organizó una compañía de infantería alemana que todavía hoy se conserva. En 1766 se fundó en Charleston una sociedad alemana para socorrer a los inmigrantes de su nacionalidad. Esta sociedad dió, para las necesidades de la guerra, 50,000 pesetas, y hecha la paz dió instrucción gratuita cada año a veinte niños alemanes pobres.

Durante las guerras napoleónicas quedó interrumpida la inmigración, y la lengua inglesa fué invadiendo hasta las iglesias de las colonias alemanas. Hoy solo recuerdan estas algunos nombres alemanes mutilados de lugares.

Emigrantes alemanes figuraron en gran número en la colonización de los territorios al otro lado de los montes Alleghanies, a fines del siglo pasado. Washington quiso colonizar con alemanes del Palatinado un territorio de 4,047 hectáreas que el gobierno inglés le había cedido en 1770, al Sur del Ohio, y otros territorios junto al río Kanawha, prometiendo a los colonos viaje y manutención gratuitos hasta la primera cosecha, y exención de renta durante cuatro años; pero la guerra de la independencia impidió la realización de este proyecto.

En 1783 establecieron familias alemanas en la orilla izquierda del Ohio, y muchos hijos de colonos alemanes establecidos en Pensilvania y Virginia se crearon hogares propios en el Estado de Kentucky; pero se anglicaron luego. Sodavsky, polaco alemán, tenía ya en 1728 una factoría junto a la embocadura del río Sandusky, nombre corrompido de Sodavsky, en el lago Erie. En 1740 vendedores alemanes recorrían los territorios incultos del Oeste y en 1750 el alemán Gist exploró las regiones al Norte del Ohio. En 1761 construyó en estas regiones y entre las tribus salvajes una casa fuerte el hermano moravo Gist, que con su correligionario Heckewelder, que se le juntó y que aprendió el idioma delawar, predicó a los salvajes el Evangelio; pero ambos tuvieron que huir cuando estalló la guerra con los indios. Este contratiempo no abatió el ánimo de los hermanos moravos, los cuales fundaron las primeras cuatro colonias a orillas de los ríos Tuscarawa y Muskingum. Una de estas colonias, Schonbrunn, fundada en 3 de mayo de 1772, fué también la primera del Estado del Ohio, que después se formó en aquella región. A los tres años de su fundación las cuatro colonias contaban 414 habitantes, incluso los indios con-

## CAPITULO VI

TOMÁS JEFFERSON

(1801-1809)

vertidos, entre los cuales aquellos misioneros perseverantes extendieron, al mismo tiempo que el Evangelio, el idioma alemán; pero una sangrienta catástrofe puso fin a su trabajo en el mes de marzo de 1782. Como había sucedido en los Estados de Nueva York y de Pensilvania, los colonos fronterizos miraban con recelo y mal contenido rencor los esfuerzos de la secta morava para civilizar la población india. En su consecuencia, una banda numerosa de soldados, voluntarios, entre ellos muchos alemanes, a las órdenes de un coronel llamado Williamson, cayó sobre las misiones de los hermanos moravos. Aquellos verdugos encerraron a los habitantes, que ninguna resistencia ofrecieron, en diferentes edificios; y cuando los infelices conversos hubieron concluido su última oración, uno de los foragidos, después de quitarse el jubón y de remangarse los brazos, entró, armado de una maza, en el primer edificio, donde estaban las mujeres y los niños prosternados en el suelo orando; mató a golpes de maza, una tras otra, a 14 mujeres, y después alargó la maza a un compañero diciendo: «¡Esto sí que se llama trabajar! Continúa tú ahora; yo estoy cansado.» Efectivamente, continuó el otro, y otros hicieron lo mismo en el edificio donde estaban reunidos los hombres. Las víctimas de esta matanza fueron 93, entre hombres, mujeres y niños. Solo dos niños escaparon con vida. Así lo refiere el misionero Heckewelder, y otro añade: «Cuando estuvo consumada la matanza, se retiraron los asesinos para embriagarse con aguardiente y con el vino destinado a la comunión. Después volvieron donde yacían los cadáveres de sus víctimas para contarlas, y viendo que un pobre chico, cubierto de sangre, se había incorporado, le remataron. Hecho esto, pegaron fuego a las casas y se marcharon cantando y regocijándose como si acabasen de conseguir una gran victoria.»

Entre los alemanes que se distinguieron en América, citaremos todavía a los dos hermanos Wetzel, afamados cazadores de indios en las guerras que los americanos hicieron a estos salvajes durante la presidencia de Washington. Otros prestaron grandes servicios como espías y exploradores a los generales Harnar, Saint-Clair y Wayne. Otro alemán llamado Ziegler tomó parte, con el grado de comandante, en todas las campañas contra los indios en el ejército de los Estados Unidos, mereciendo grandes alabanzas por su valor y prevision y siendo el primer alcalde de Cincinnati cuando el Estado de este nombre fué incorporado a la Unión, en el año 1802. La ciudad de Zanesville tiene su nombre de un alemán llamado Zahn. En fin, sería nunca acabar citar a todos los alemanes que contribuyeron los primeros a colonizar las regiones al Oeste de la Unión.

A fines del siglo pasado formaban los alemanes, según Presche, la dozava parte de la población total de los Estados Unidos; hoy forman la séptima; mas si la inmigración alemana en la América del Norte no hubiese continuado después de las guerras napoleónicas, que la interrumpieron, apenas se hablaría ya de ella ahora, porque habría servido solamente como parte de los materiales que constituyen los cimientos invisibles del soberbio edificio de la república norteamericana. Pero la historia del elemento alemán no concluyó al finar el siglo pasado, ni concluirá al fin del actual. Hoy es ya evidente la profunda influencia que la inmigración alemana ha ejercido bajo los conceptos político, social é intelectual en el desarrollo de los Estados Unidos, como la ejerció en menor grado la inmigración hugonote, muy al revés de la irlandesa, que ha resultado una desgracia para aquel vasto continente. El estudio de la historia del elemento alemán en América solo puede ser bochornoso y elegiaco para los que no quieren creer en el porvenir que le está reservado en aquel continente.

Con su traje de cada día, solo, sin acompañantes ni séquito, montado en su cuátrago, el nuevo presidente de los Estados Unidos, Jefferson, que tan bien sabía unir el entusiasmo del defensor de los derechos naturales del hombre con el del republicano demócrata particularista y con el de promovedor de los intereses de los Estados esclavistas, se dirigió a la Casa Blanca, en el Capitolio de la ciudad de Washington; allí ató su caballo a la cerca y entró en su nueva residencia, como protestando tácitamente contra las carrozas, criados de librea y demás pompas copiadas por sus antecesores de las viejas monarquías de Europa. Así dicen su biógrafo Morse (1) y el inglés Juan Davis, que casualmente presenció la llegada. Esta sencillez republicana era naturalmente mera afectación, calculada para impresionar a los americanos. Su discurso de toma de posesión fué un esfuerzo retórico que rebosaba amor a la humanidad y anunciaba el comienzo de una nueva época gloriosa para la civilización humana. Decía aquel florido discurso respecto del gobierno federal: «Las diferencias en las opiniones no son diferencias de principios; tenemos hermanos que profesan los mismos principios y se agrupan bajo nombres diferentes; pero todos somos republicanos, todos somos federalistas. Sigamos, pues, con tesón y confianza profesando nuestros principios republicanos y federales propios, nuestro afecto a la Unión y al gobierno representativo.»

Jefferson llevó la afectación de sencillez hasta la grosería mas imprudente, como se desprende de la recepción oficial del embajador inglés Merry, descrita por el mismo diplomático: «Al entrar en la sala de audiencia no encontré allí a nadie, lo cual al parecer sorprendió mucho al ministro de Estado Madison, que fué mi introductor. Siguiéndole, penetramos en el recibimiento que precede al estudio del presidente, donde creí había de tener efecto la presentación; mas de pronto entró el señor Jefferson por otra puerta en el recibimiento, que es tan pequeño que tuve que dar un paso atrás para dejar sitio al recién venido. Allí, reunidos los tres en tan angosto aposento y en posición nada agradable, se efectuó mi presentación al presidente por el Sr. Madison. El aspecto del Sr. Jefferson me convenció luego de que las circunstancias que acompañaron a mi presentación no eran efecto de una casualidad, sino que estaban preparadas con premeditación y estudio. Yo me encontré allí en mi traje oficial a la hora fijada por el mismo presidente de los Estados Unidos, y este, sin embargo, se presentó de gaban, con pantalón y ropa interior sucios, los pies metidos en zapatillas, como quien no hace caso de exterioridades ni apariencias. Su aspecto descuidado era puro cálculo.»

Esta sencillez artificiosa é hipócrita era peor y más desagradable que las etiquetas solemnes y tediosas de los dos predecesores de Jefferson, siendo además una falta política, porque el embajador de Inglaterra se resintió con razón y no dejó de hacerlo comprender así al presidente, que tenía la vanidad de ser un político archisagaz y penetrante. Hamilton le conoció a fondo, conforme se ve en una carta suya en que dice: «Es un gran error creer que Jefferson es capaz de llevar la fidelidad a sus principios hasta sacrificarles su popularidad y su interés particular. Puede tenerse la seguridad de que como cualquier otro contemporizará y calculará lo que pueda aumentar su crédito y su conveniencia particular. La consecuencia de semejantes caracteres es la con-

(1) *American Statesmen*, por John T. Morse.

servacion de sistemas que, una vez en uso, por mucho que hayan sido combatidos antes, no pueden ser ya abolidos sin grave peligro de la persona que lo intente (1).» La experiencia confirmó plenamente el juicio del eminente político americano.

Jefferson ofreció una cartera a Livingston, canciller del Estado de Nueva York, según escribía (2) «para que prestase su concurso a la organizacion del gobierno republicano, porque hasta ahora, dijo, solo hemos tenido una parodia de este gobierno.» El canciller no aceptó, y como era de esperar se encargaron Madison del ministerio de Estado, Gallatin de la Hacienda y Dearborn de la cartera de la Guerra. Con estos cambios contentóse Jefferson, porque estando seguro de que el partido que le había llevado a la presidencia sería dueño por muchos años de la situacion, le quedaba tiempo para realizar las modificaciones profundas que meditaba.

Su prudencia y su política conciliadora produjeron el efecto deseado en los Estados del Norte, a cuya poblacion ultra-federalista solia calificar de santurrona y estúpida. Rhode-Island fué el primer Estado donde se manifestó un cambio en la opinion pública, por ser aquel en que menos influencia ejercia el clero. Por eso calculó el presidente que el segundo Estado que abandonaria el campo federalista sería el de Vermont, porque respecto de fanatismo religioso venia inmediatamente despues del otro. Jefferson se mostró hostil mientras vivió al clero mojigato protestante del Norte, que tanto gustaba de entrometerse en los gobiernos y la política de sus Estados. Valor se necesitaba para hacer frente a la cohorte clerical; y en efecto, esta devolvió a Jefferson su odio con creces, a lo cual ya estaba preparado, porque dijo: «No espero gracia ninguna del clero, que crucificó a su redentor porque predicó que su imperio no era de este mundo; y los que tratan de llevar a la práctica este precepto han de estar preparados a ser blanco de su ira, que no conoce el perdon. Las leyes modernas no le permiten perseguir a sus contrarios a sangre y fuego, pero le quedan las armas de la mentira y la calumnia.» En una carta dirigida a Guerry dice: «Los periodistas tienen interés en armar confusion y escándalos, y precisamente lo mismo hacen los eclesiásticos. La sencillez de la moral cristiana engendraria una regularidad y una tranquilidad excesivas, es decir, haria demasiado bien, y no permitiria estrujar lo bastante a los fieles para hartar a toda la hueste clerical. Por eso es menester argüir, comentar, distinguir, estirar y envolver en nebulosidades y ambigüedades el texto sencillo, a fin de sacar de la sencilla doctrina divina suficiente jugo para llenar los estómagos de los que se toman el trabajo de comentar y explicar esta doctrina.»

A pesar del poder del clero, el nuevo presidente y su partido contaron durante algun tiempo con el apoyo del mismo Estado de Massachusetts, de suerte que Jefferson pudo decir al fin del primer año de su presidencia: «En esta legislatura hemos tenido en el congreso de diputados las dos terceras partes de votos; en el senado hemos tenido de 33 votos 18, y en las elecciones próximas la mayoría llegará tambien hasta las dos terceras partes. A mas no debe subir en interés del bien público. Vendremos, no obstante, a ser tan fuertes que a nuestra vez nos dividiremos, pero bajo otros nombres, porque el del federalismo ha llegado a ser tan odiado que ya ningun partido puede medrar con él.»

En una carta dirigida a un personaje político de la Carolina del Norte precisó Jefferson su programa político en los términos siguientes:

- (1) Obras de Hamilton.  
(2) Obras de Jefferson.

1.º Quedan suprimidas las audiencias.  
2.º En adelante será sustituido el discurso de apertura del congreso por un mensaje que el gobierno le comunicará sin pretender contestacion.  
3.º Las representaciones diplomáticas en Europa se reducirán a tres.

4.º El congreso fijará la bonificacion de los recaudadores y no el presidente.

5.º El ejército será reducido y reformado.

6.º La marina será reducida al tipo fijado por la ley.

7.º Todas las oficinas del gobierno, sea cualquiera el ramo a que pertenezcan, serán sometidas a una revision.

8.º Se recomendará al congreso la mayor economía.

9.º Desde el principio se ha recomendado al director de correos no emplear en su departamento ni redactores de periódicos, ni extranjeros, ni torys (partidarios de un poder central con atribuciones latas), que comprometen la paz. A causa de esto hay en este ramo todavía empleos vacantes.

En una carta a Monroe, fechada en 7 de marzo de 1801, se expresa Jefferson respecto de su actitud en la cuestion de provision de empleos y en la del federalismo en estos términos: «Me guiarán principios rectos y conciliadores, bien que no ignoro que esto no me atraerá a los jefes del partido vencido; pero creo lograr mi objeto con el grueso del partido federalista. Esta gente, a excepcion de sus jefes, está ahora con nosotros; miran con cierta confianza y simpatía al gobierno y le apoyarán si ven que evita tomar disposiciones que les repugnen é irriten. La prudencia exige que aguarde-mos a la consolidacion de la nueva política. Me he negado resueltamente a seguir el consejo de dar empleos a los jefes del partido vencido para atraérmolos. No emplearé sino republicanos (particularistas), pero opino que la destitucion de funcionarios por el único motivo de sus principios políticos no haria mas que indignar a nuestros nuevos amigos y les haria volver a la oposicion, que va continuamente menguando. Comprendo que a algunos es preciso alejarles de sus puestos, pero cuantos menos se destituyan, mejor, y aun así paulatinamente y solo cuando lo autoricen su mal cumplimiento ó su ineptitud absoluta. No se ha decidido todavía ni se decidirá hasta que la administracion esté en marcha, dónde se encuentra el justo medio entre despedirlos a todos y no despedir a ninguno, y será menester ir a tientas para ver el efecto que producen las destituciones que vayamos efectuando.»

Jefferson procedió en efecto por lo general del modo que expresó en esta carta; porque durante los ocho años de sus dos presidencias, entre todas las destituciones que ocurrieron, solo unas treinta pudieron atribuirse exclusivamente a motivos políticos, de suerte que no puede decirse que introdujera en su país el sistema de repartir el vencedor entre sus adeptos los empleos del Estado a manera de botin, conforme se ha hecho despues, con gran daño del buen gobierno de la república. Especialmente el presidente Jackson, cuya administracion abarca el período desde 1829 hasta 1837, efectuó cerca de 2,000 cambios en el personal, según la doctrina de que al vencedor pertenecen los despojos de la victoria. Comparado con este gran cambio de empleados, aparece insignificante y modestísimo el efectuado por Jefferson, el cual contestó a las críticas que se le dirigieron por este motivo, preguntando: «¿Si se admite el derecho del partido dominante a tomar parte en la administracion, cómo se usa de este derecho si no hay vacantes? porque las que resultan de defunciones son pocas, y vacantes por dimision voluntaria no ocurren.» En cambio, era un verdadero reto la provision en masa de empleos, especialmente en la magistratura, que realizó Adams en los últimos días de su presidencia en

personas declaradamente federalistas, algunas de las cuales hostilizaron reciamente al gobierno de Jefferson sin que este pudiese deshacerse de tales adversarios, por ser sus cargos inamovibles por la constitucion de los Estados Unidos. La necesidad de incluir la inamovilidad de los magistrados en la constitucion fundamental de la Union, la explicó perfectamente el juez Story en estos términos: «Era necesario asegurar la independencia mas completa de la magistratura a fin de preservar a este ramo importante del gobierno de la ingerencia de todo espíritu de partido y de la tiranía de las facciones políticas, para garantizar la nacion contra toda extralimitacion, premeditada ó no, de los poderes legislativo y ejecutivo, y para conservar a la misma magistratura la autoridad, sin la cual no podria cumplir dignamente la mision que le confía la constitucion. Es indispensable que el juez continúe en su puesto mientras no se haga indigno de él, pues de no ser así, seria pronto blanco de odios y de hostilidades, no porque obrara mal, sino por no querer obrar mal. Sin la inamovilidad, los jueces dependerian enteramente de los que les hubieran de colocar, y todo su afán se dirigiria a conservar sus puestos y el favor de los que les pueden ser útiles en su carrera. Los que introdujeron el principio de la inamovilidad en la constitucion, lo hicieron porque conocian que la magistratura puede ser una barrera eficaz contra las extralimitaciones del gobierno y la mejor égida de los derechos de los ciudadanos.»

No pudiendo, pues, Jefferson destituir a los molestos magistrados, sobre todo los de los tribunales ambulantes (*circuit courts*) creados por el congreso en tiempo de Adams, propuso al congreso, que abrió sus sesiones el 7 de diciembre de 1801, la supresion de toda la institucion por supérflua. Hubo debates acalorados, pero finalmente fué votada la proposicion del presidente, en el congreso de diputados, por 59 votos contra 32 y en el senado con solo un voto de mayoría. Jefferson logró su objeto sin violentar la ley de la inamovilidad, y se desembarazó de los jueces molestos aboliendo los tribunales ambulantes; pero todos sus esfuerzos para expurgar los demás tribunales de los elementos contrarios a su partido resultaron inútiles. Juan Quincy Adams, que despues fué el sexto presidente de los Estados Unidos, hijo de Juan Adams, el predecesor de Jefferson, fué destituido por este de su cargo de comisario del tribunal de quiebras de Boston por odio personal, según se dice. Mas adelante destituyó al juez Pickering, presidente del tribunal de New-Hampshire, con el pretexto de su mala conducta privada, pero luego resultó que el juez había perdido la razon. Para destituir al juez Chase, de Maryland, federalista impertérrito, hizo circular contra él la acusacion de haber abusado de su posicion a favor de su partido; pero tuvo la precaucion de dirigir esta farsa en secreto sirviéndose del virginio Randolph, cuya acusacion difusa, larguísima y vaga, fué victoriosamente refutada por Luther Martin, el fiscal del gobierno del Estado de Maryland, a quien Jefferson solia llamar *el perro de presa de los federalistas*. Chase fué absuelto.

Una mejora evidente fué la sustitucion del discurso de apertura con un mensaje escrito del presidente, mejora que Jefferson introdujo desde el primer congreso que se reunió durante su administracion, bien que sus adversarios la atribuyeron a su afán de hacerse popular y a la intencion maliciosa de echar algun ridículo sobre sus predecesores Washington y Adams. En realidad era un procedimiento demasiado ceremonioso é inútilmente complicado el de congregarse a imitacion de las formas parlamentarias observadas en Inglaterra, a los diputados y el senado en una sola asamblea para oír el discurso del presidente, discutir despues la contestacion y presentarla por una comision compuesta de miembros de

los dos cuerpos, sin contar el fuerte sabor monárquico de que según Jefferson adolecia. La simplificacion introducida por este resultó en la práctica excelente. No obstante este y otros alardes de republicanism puro de Jefferson, es innegable, aunque no lo vieron sus contemporáneos, que durante su administracion se manifestó menos espíritu democrático que en tiempos de sus predecesores federalistas. Posteriormente fué cuando descubrieron los americanos que Jefferson y Jackson, «los dos grandes demócratas,» habían ejercido un poder mucho mas dictatorial en frente del congreso que el mismo Washington, y practicaron en realidad lo que por principio rehuian, a saber: el gobierno personal, gobernando con mas energía que sus predecesores y sucesores, que eran verdaderos jefes de partido a quienes la nacion prestaba obediencia sin oposicion. El gobierno personal de Jefferson era poco visible a primera vista, porque su influencia era insidiosa y oculta, aunque real y positiva.

El carácter de Jefferson es, todavía hoy, difícil de fijar: mientras unas veces era trapacero, tramoyista y ocultaba sus manejos, usaba en otras ocasiones de una franqueza y una rectitud que asombraban. Al prepararse su reeleccion en 1805 prohibió a los electores de su partido que eran empleados del gobierno, abusar de su posicion oficial para influir en la eleccion, diciendo que entonces no seria ya libre, y que semejante influencia oficial no le gustaba por ser contraria a los principios democráticos. Jefferson era ambicioso, pero sabia ocultar su ambicion bajo la máscara de la sencillez y estoica indiferencia republicana, y esto explica muchas contradicciones de su carácter, de sus actos y de sus palabras.

El acontecimiento principal de la primera presidencia de Jefferson fué la adquisicion de la Luisiana. Ya en 1790, siendo Jefferson ministro de Estado de Washington, habiase presentado la llamada cuestion del Mississippí. El país a ambos lados de la desembocadura de este rio pertenecia entonces a España, de la cual los Estados Unidos reclamaban el paso franco, negando al gobierno español el derecho de cerrar el rio a los buques americanos. Jefferson encargó entonces al embajador de los Estados Unidos en Madrid, Carmichael, que hiciese presente al ministro español que la libre navegacion de aquel rio era indispensable a la república. Añadió además: «Esta comunicacion no debe demorarse, ni deben admitirse excusas ni subterfugios; pues es imposible responder de la paciencia de nuestros ciudadanos establecidos en los territorios del Oeste. Hacemos lo posible para calmarlos diciéndoles que la vía pacífica es en este caso la mejor.» En 1795, despues de seguir este asunto con particular ahinco, tuvo Jefferson la satisfaccion de que Pinckney firmase con el gobierno español un convenio en el cual este último declaró a Nueva Orleans puerto libre para los buques americanos por espacio de tres años ó hasta tanto que pudiese ser habilitado otro puerto tan a propósito como aquel.

Por este lado quedaba, pues, todo arreglado; pero a fines del siglo adquirieron cuerpo en los Estados Unidos los temores de que Inglaterra, en el caso de una guerra con España, ocupara y conquistara aquellos territorios, sobre los cuales Francia tenia tambien proyectos de reivindicacion, sospechas que databan ya del año 1790. Jefferson, siempre previsor, escribió a Morris, embajador de la Union en Londres: «Deseamos que ponga V. en conocimiento del ministerio inglés que no podemos ser indiferentes a empresas de esta clase; que miraríamos con extrema inquietud todo cambio de vecinos nuestros, y que un equilibrio político en nuestras fronteras nos es tan necesario como le ha parecido siempre al gobierno inglés, para su país, el equilibrio político en Europa.» En 1790 dijo Jefferson que tenia motivos para suponer que el conde de Moustier, embajador francés, había